

Varias personas se hallaban en él en el momento en que el crimen se debería haber cometido. En primer lugar estaba el señor Pons. El señor Pons bajó á las ocho y diez minutos al sótano número 10. Se habían mandado meter en él barriles de los que se llaman *bodeleses*; va y viene, y como no hace su tarea lo suficientemente pronto, uno de sus colegas, el señor Galoffre, uno de los jefes de la casa, es enviado en su ayuda. Permanecen allí hasta las nueve y cuarto, y no oyen nada, nada absolutamente. Sin embargo, solamente los separan algunas paredes del lugar del crimen, y cuando Armand baja á la cueva, si es que bajó, pudo muy bien ver que allí había testigos, y su presencia no le detiene y comete su crimen... ¿Es esto posible?

Vuelven luego á la cueva á las once. Esta vez son los dependientes de la casa del especiero, y todos se encuentran allí. Pues bien, á dicha hora, tampoco vieron ni oyeron nada.

Pero hay todavía algo más grave. La señora viuda de Armand tiene un sótano contiguo al del crimen, y estuvo en él con su criado Reynal desde las nueve de la mañana hasta las once, y no oye nada. Se dirá que llegó después que se había cometido el crimen. Pero puesto que Mauricio Roux respiraba fuertemente por la noche, con más razón debió respirar también fuerte por la mañana... Sin embargo, la señora viuda y su criado nada oyen.

La camarera bajó al mediodía, fué á la cueva contigua, pasó por delante de la puerta de la cueva en que se hallaba Mauricio Roux... ¡Y no oye nada!

Después, á las seis de la tarde, este testigo que tan difícil ha sido hacer que se explique, el llamado Cazes, que bajó á la cueva, ya sabeis por qué, que se paró junto á la puerta, este testigo tampoco oyó ni vio nada.

En fin, señores, ¿no os sorprende todo esto? ¿No os parece todo esto muy extraño?

Llegaré á las declaraciones de los médicos. Están á mi favor, prueban hasta la evidencia que el señor Armand no es criminal. Pero aún cuando así no fuera, ¿no hay en todas estas circunstancias pruebas que valen más que las discusiones de la ciencia? La ciencia se equivoca á menudo, el buen sentido no se engaña jamás.

Cuando un hombre acusado de un crimen opone una coartada, cuando demuestra que no tiene interés en cometer este crimen y prueba que es un hombre honrado, digo que se debe probar su culpabilidad con testigos muy imparciales; de otro modo nada de la acusación subsistirá, y esta caerá por su base. Mas ¿qué es lo que se nos viene á decir aquí? Se dice: He llamado á algunos testigos, hay todavía otros; pero no tengo pruebas... Tal es la situación, señores, y á vosotros toca preguntaros si un crimen semejante á este de que se le acusa, podía ser imaginado por el señor Armand. ¡No! ¡Hay para ello una imposibilidad moral!

Entre las imposibilidades morales hay además otras de otro orden, y que son convincentes.

Hace muy poco que el señor procurador general se veía obligado á reconocer que Armand era un hombre honrado y le decía: Sois criminal, pero sois muy desgraciado; os compadezco, y al mismo tiempo que os acuso comprendo todo lo que hablé en vuestro favor; puedo concebir como habeis sido llevado á buscar los medios de ocultar la primera falta.

¡Ah! señores Jurados, rechazo semejante sistema... Si después de un primer crimen, el señor Armand hubiera seguido la conducta que se supone, sería un hombre indigno bajo todos aspectos... No, hay también para ello una imposibilidad moral que llama vuestra atención tanto como á mí me ha llamado la mía.

¿No recordais las declaraciones de los testigos Birotteau, Biquet, Castan? Y teniéndolas presentes, ¿podeis admitir ni por un momento el sistema de la acusación?

Suponiendo que el señor Armand se haya dejado arrastrar á un acto extremo de violencia, este sería el primer crimen que habría cometido... Pues bien, cuando un hombre en un momento de arrebato levanta la mano á su semejante, cuando lo golpea, y lo vé tendido á sus pies casi cadáver, el Ministerio público reconocerá á lo menos que estaba turbado. Ocultará su crimen, lo concedo... ¿Pero no comprendéis las preocupaciones de este hombre, la turbación de su conciencia? Tendrá remordimientos... ¡El hombre honrado los tiene siempre, hasta el malvado los tiene algunas veces! Armand siendo culpable habría

tenido remordimientos... Pues bien; ¡los habría disimulado de tal manera que nadie habría podido descubrir su huella!... ¡Habría tenido una alegría natural!... ¡Habría conservado esta tranquilidad propia de una conciencia pura! Los testigos lo declaran. ¡No, esto es imposible!...

No habeis perdido de vista aquella animada declaración del señor Birotteau. Yo he visto al señor Armand á las diez, os decía, (probablemente en el momento mismo en que el señor Armand salía del sótano); le pedí noticias...

(En este momento sintiéndose indispuerto por el calor uno de los señores Jurados, el abogado Lachaud suspende unos instantes su defensa, pasados los que, la continúa en estos términos:)

Señores Jurados, ocupábame de una imposibilidad moral, la imposibilidad de las personas honradas; he dicho que un hombre que acaba de cometer un crimen debe estar aterrado por los remordimientos; y, cualesquiera que sean los ejemplos contrarios citados por el señor Procurador general, admitamos, en honra de la humanidad, que los criminales que lo son por primera vez sienten horror por su crimen. Reconoce que no se denuncian, pero que no están serenos ni tranquilos.

Pues bien: el mismo día, á las diez de la mañana, lo vió el señor Birotteau al terminar su almuerzo, y es cierto que habiéndole pedido el señor Birotteau informes, le respondió: Id á casa de fulano y os podrá informar mejor que yo. A las diez y media, le volvió á ver el señor Birotteau, y Armand le dijo: «¿Habeis adquirido ya vuestros informes?—Sí, respondió el señor Birotteau, pero incompletos.» Por último, á las diez de la noche lo vió por tercera vez el señor Birotteau, y lo encontró alegre, contento, satisfecho, risueño... ¡risueño el criminal, él, que se había hecho culpable de dos crímenes en aquel mismo día!...

Y el testigo Lazuttes, que refiere los recuerdos de su suegro, hoy fallecido... A las diez fué este á casa del señor Armand, á su despacho, y lo vió allí con el señor Biquet, su tío, quien tenía una carta que contenía una falsa indicación, cuyo error hace notar el señor Armand.

Llega un amigo suyo, el señor Castan. Invítale á comer. ¡Invítarle á comer!... ¡En el fúnebre momen-

to en que se había de descubrir el crimen! ¿Comprendéis esta invitación hecha por un hombre honrado para que presencien la deshonra de su casa?

¡Y aquellos detalles sobre el sombrero, sobre el panamá que el señor Armand (el testigo es quien lo declara) había escogido y respecto del cual se reservaba consultar á su esposa!

¡Oh! si hubiese cometido un crimen y hubiese obrado así, con esta calma, con esta tranquilidad, habrais hecho muy mal en concedernos que era un hombre á quien había que compadecer! Si se ha mostrado tal como los testigos lo representan después de haber cometido semejante crimen, habría dado pruebas de una profunda maldad.

Ved aquí, señores, las imposibilidades morales, y después de habérselas hecho presentes, creo poder decir que no hay ya acusación posible.

Y si entro en el exámen de las pruebas que me suministra la medicina, me hallaré ante su inocencia material, indiscutible.

Al abordar la cuestión científica no se me oculta todo lo que se puede decir contra los médicos: yo no los creo infalibles, y sé muy bien que se contradicen. El señor Procurador general ha recordado á este propósito dos grandes ejemplos, uno que es particular de mi ilustre colega el abogado Julio Favre, otro que me concierne, el del proceso de la señora Lafarge.

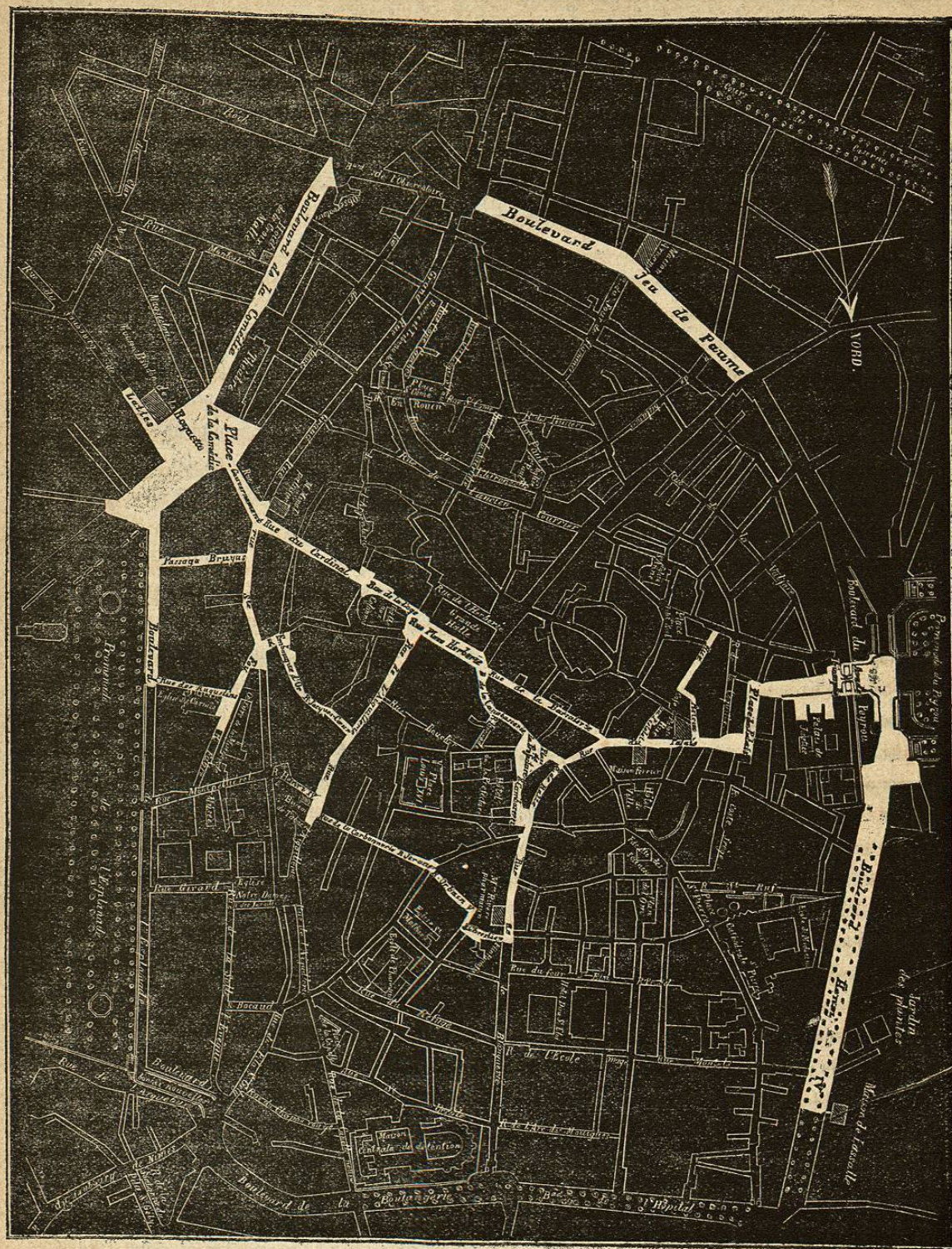
El señor Procurador general.—No ha sido mi intención suscitar personalidades.

El abogado Lachaud.—¿Qué queréis señores? en el santuario de la justicia, ante la cosa juzgada, yo me inclino y menester es que diga con vosotros que la señora Lafarge es culpable. Fuera de aquí y en la libertad de mi conciencia, podría hablar de otro modo. Por lo demás, esto nada tiene que ver con el proceso. Continúo.

Cuando médicos, como los que han sido oídos en esta audiencia, afirman de tal manera y tan unánimemente, me parece muy peligroso rechazar sus testimonios, rechazarlos con la mayor cortesía, es cierto, pero al fin con cierto desden hacia su ciencia.

Hemos llamado aquí á los hombres mejor reputados en la ciencia: primeramente al señor Tardieu es hoy el defensor de mi causa; lo tengo con demasiada frecuencia como adversario para que no me regocije

PARTE DEL PLANO DE MONTPELLIER.



ITINERARIOS DE ROUX EN LA NOCHE DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1863

PRIMER INTERROGATORIO.

Calle de la Blanquerie.
(Encuentro con el desconocido.)
Calle del Palais.
Boulevard de Henri IV.
Banco del café del Palais.
Calle de los Augustins.

SEGUNDO INTERROGATORIO.

Arrabal de Lattes.
Boulevard de la Esplanade.
Calles perpendiculares a la Esplanade: Embouque d'Or, de Carbonnerie, etc.

Calle de la Blanquerie.
Calle del Palais.
Boulevard de Henri IV.
Boulevard del Peyrou.
Puerta del Peyrou.

(Primer encuentro con el desconocido.)

(Primera separacion.)

Calle del Palais.
Jardin de plantes.
Banco del café del Palais.

(Segundo encuentro.)

Paseo del Palais en el Peyrou

(Segunda separacion.)

Calle del Palais.
Itinerario no descrito (encuentro con un guardia municipal, en la calle de la Blanquerie.)

(Tercer encuentro.)

Plaza de la Préfecture.
Mercado de las Herbes.
Calles no designadas.
Calle de los Augustins.

ITINERARIO RECORRIDO DESPUES DEL SUCESO.

Calle del Palais.
Id. de Ratte.
Id. de Cambacères.
Plaza de la Préfecture.
Calle de la Canabasserie.
Plaza de la Herberie.
Calle de la Aiguillerie.
Id. de Jacques-Cœur.
Id. de Embauque d'Or.
Id. de Sainte-Foy.
Id. de los Augustins.

de tenerlo aquí por auxiliar. Es la inteligencia mas clara, mas lucida que conozco; tiene una palabra maravillosamente clara. En fin, el señor Tardieu está á la cabeza de la medicina legal, y, joven todavia, es decano de la mayor Facultad del mundo. Es mas honrado que sábio, porque si la ciencia tiene limites, la probidad, gracias á Dios no los tiene.

Despues, el Sr. Tourdes, hombre tan modesto como sábio, profesor de medicina legal en Strasbourg. ¡Los escogimos bien, como veis! El señor Rouget, profesor de fisiología médica, honor de la facultad de Montpellier, que muy pronto lo será quizá de otra facultad: su palabra es firme, y va unida á una gran ciencia.

Invocamos además el testimonio de otros prácticos, no menos hábiles y no menos sábios.

El señor Gramier, profesor de medicina legal en la escuela de Lyon, el Tardieu del Ministerio público de Lyon: porque hay esto de particular en este proceso, que tenemos en nuestro favor á aquellos mismos que muchas veces nos han hecho perder causas que poder ganar.

El señor Pirondi, profesor de Marsella, un cirujano de primer orden;

El señor Jacquemet, hombre distinguido, profesor agregado á la Facultad de Medicina de Montpellier y que ha sido mucho tiempo director de las operaciones anatómicas.

Tales son los que hemos llamado aquí. Y estos hombres, ante Dios, ante el mundo, ante los jueces, ante los sábios, declaran que la simulacion es evidente, afirman que la acusacion se extravió siguiendo á un testigo que la ha engañado.

¿Qué se les opondrá? Hombres de consideracion. ¿Creis acaso que voy á tratar desdeñosamente á mé-

dicos que han hecho sus pruebas? No, por cierto.

En primer lugar hay uno que no está con vosotros, que no lo ha estado nunca, el señor Dupré. El Ministerio público está severo con él. ¡Es sospechoso para la acusacion! Observa, señores, que el señor Dupré no ha entrado nunca en las vías de la acusacion, y sin embargo, ha asistido al enfermo y lo ha visto mejor que todos los demás, puesto que lo visitaba diariamente, por lo que nos referiremos á menudo á las declaraciones del señor Dupré.

Está en seguida el señor Dumas, hombre muy erudito, que hace numerosas citas; profesor de partos, lo sé, pero que puede, independientemente de esta especialidad, poseer conocimientos científicos en otra cualquier materia, tambien lo sé.

El señor René ha sido llamado para la segunda cuestion. Es este un hombre de grande experiencia; no ha inventado la medicina legal, pero se remonta á sus orígenes. Sí, hasta cierto punto, el señor René está con vosotros.

El señor Monttet lo está mucho menos, y no dice gran cosa.

¡Ah! en cuanto al señor Alquié, está enteramente con vosotros. Es un sábio, es un hombre honrado, pero que hace muchos experimentos, quizá demasiados. Sí, señores, á veces me inquietan los experimentos de esta naturaleza. Me han hecho sufrir los pobres animales que han sido objeto de ellos, pues he visto operar al señor Alquié y vosotros mismos lo habeis visto, y cuando decia que operaba preferentemente en cadáveres aún calientes, confieso que no pude menos de experimentar cierto extremecimiento. Me acordé de la historia del ahorcado de Bruxelles, cuyos detalles aún conservareis en la memoria; y cuando pensé que se habia librado de la muerte en la

horca y que los médicos fueron los que lo mataron, ¡oh! entonces, lo confieso, tuve miedo. Cuando los experimentos pueden llegar hasta ese punto, lo digo con toda sinceridad, son experimentos terribles. El señor Alquié es vivo, impetuoso, y vé las cosas de buena fé, pero tal vez con los ojos de la pasión.

Esto es, señores, lo que quería decir sobre las personas; y ahora que de esta manera hemos indicado las eminencias médicas llamadas ante vosotros en este proceso, será menester resumir sus opiniones.

Podríamos, gracias á la presencia de todos estos señores, constituir aquí una verdadera Academia de medicina; pero como no soy médico, permitidme que resuma simplemente lo que ellos os han dicho.

Lo sabéis, señores, cinco han sido las principales cuestiones que se han planteado. ¿Ha habido un golpe? ¿Ha habido conmoción? ¿La estrangulación ha sido homicida? ¿La atadura de las manos ha podido ser hecha por Mauricio Roux? ¿El mutismo era real ó fingido?

El campo es vasto, como veis, y si los médicos discutieran entre sí estas cuestiones, los debates serían aún mucho más largos que lo han sido los de este proceso. Así, pues, con vuestro permiso, vamos á recorrer tan rápidamente como nos sea posible el exámen de estas cinco cuestiones.

¿Hubo golpes? ¿Cuándo lo conoció quién lo recibió? ¿Cuáles son las señales y cuáles deberían ser si el golpe hubiese sido violento?

Cuando se levantó á Mauricio Roux nadie se apercibió de que hubiese recibido un golpe detrás de la cabeza. No hacía gestos y no hablaba.

Sin embargo, se le examinó. El señor Surdum, —no he hablado de él y he hecho mal,—el señor Surdum que no es profesor, que es médico, y que en una Memoria, que no habria debido publicar y á la que no se ha contestado, pretende que es poco considerado por la Facultad de Medicina de Montpellier, (y no lo ha sido por ella ni poco ni mucho, de lo que tengo pruebas), el señor Surdum, digo, examinó con precaución, con atención, al enfermo, desde el 7 de julio por la noche, y no descubrió la más leve señal de contusión en la cabeza.

Tenemos bastantes médicos, sin ocuparnos de los discípulos; prescindamos, pues, de estos.

Y examino ahora la declaración del señor Dupré. Vió al enfermo el día 9 y declara que la señal que tiene en la parte posterior de la cabeza es insignificante.

Así, pues, respecto á esta contusión violenta, que se dice que produjo la *conmoción*, que constituye la única circunstancia que podría tener importancia y á la que se aferra la acusación, conociendo bien que todo lo vá á perder; ¡esta contusión tan violenta no fué vista por el señor Surdum! Y cuando el señor Dupré la examina, declara que es insignificante.

Pero en fin, ¿quedan señales materiales del golpe? ¿Cuáles son? ¿Tuvo alguna vez este hombre una contusión, una inflamación sanguínea? No, todos los médicos están unánimes sobre este punto. No tuvo más que una simple escoriación, sumamente estrecha, y que pareció, lo repito, insignificante al doctor que ha asistido al enfermo durante un mes.

Tal es el terrible golpe que determina una *conmoción*, y que dará fundamento á los más graves cargos que se pueden imaginar.

Bien sé que el señor Procurador general nos dice que los golpes no siempre dejan huellas, y que en el dictámen suscrito por los señores Dumas, Dupré y Surdum, hay una respuesta que conocéis, una respuesta monosilábica, que admite la misma tesis.

Sea, es posible. Solo que sería menester observar que para que no quedaran huellas habria que suponer que el golpe fué dado con un cuerpo liso y redondo, y no con un leño, como ha declarado Mauricio Roux; porque bien sabido es que, no siendo liso ni redondo un leño, ha de dejar señales.

Sea de ello lo que quiera, habeis oído lo que sobre el particular han dicho los médicos llamados por la acusación, á saber, que á veces no quedan en la superficie señales del golpe, y que en el interior todo está magullado, pulverizado.

Aquí me acuerdo del magnífico ejemplo que nos ha citado el señor Dumas, de aquella bala de cañón que no alteró la piel, pero que destruyó el interior del vientre.

Pero en el proceso se trata de la nuca, parte muy resistente, como se os ha dicho, y para que el golpe pudiese producir *conmoción*, habria sido menester que hubiese sido terrible.

En primer lugar me pregunto si habria podido darle el señor Armand. Pero admitiendo la hipótesis, tendríais no solamente una escoriación en el exterior sino también en el interior músculos estropeados, cierta descomposición, y en fin, todos los caracteres que resultan de un golpe dado con violencia.

Aquí no teneis nada, nada más que una escoriación considerada insignificante, y hoy esta escoriación ni aun parece ser verdadera cicatriz. El doctor señor Rimbaud, que debe ser un hombre de valer, puesto que el señor Presidente lo ha nombrado perito; el señor Rimbaud, que afirma ser un hombre de corazón y que lo ha demostrado con ocasión del experimento que todo el mundo recuerda, el señor Rimbaud ha dicho: ¡Esto es una cicatriz! ¡Esto es á lo sumo un grano! (*El señor Procurador general hace signos negativos.*) Yo os aseguro, señor Procurador general, que digo siempre la verdad y siento ver que no hayamos escuchado ambas con igual atención en el mismo momento.

Así, pues, esta escoriación insignificante, miserable, y que para todos los médicos que habeis oído no puede ser prueba de un golpe, el último médico que ha examinado á Mauricio Roux nos dice que no es más que un grano cicatrizado.

Luego no ha habido golpe, todo lo más un simple desollon. ¿Y no puede este hombre haber hecho él mismo este pequeño desollon? ¿No puede habersele hecho con el carbon cuando se levantó del suelo? ¿No recibió entonces algun choque? ¿O bien, no se lo ha hecho á alguien, el desollon, con un boton de su traje? Estamos aquí en el terreno de las hipótesis, y la realidad no es ninguna.

Si el golpe hubiese sido violento habrian dejado señales: no las hay, luego, lo diré una vez más, no ha habido golpe.

Paso á la *conmoción*.

¿Cuántas clases de *conmociones* se reconocen? Hay, se nos dice, de primero, segundo y tercer grado; pero esta división es demasiado inteligible para vosotros como para mí, y lo que de cierto sabemos es esto: cuando un hombre es presa de una *conmoción*, pierde instantáneamente, no solo la inteligencia, sino los sentidos, queda anonadado. Pero en este anonadamiento no hay ninguna clase de percepción,

ni completa ni incompleta. No hay, pues, *conmoción* parcial y *conmoción* total, hay *conmoción*; solo que la *conmoción* puede durar un minuto ó una hora.

¿Fué Mauricio Roux presa de una *conmoción*? Muchos médicos pueden decir que no, porque no presentó, cuando se le encontró en el sótano, los fenómenos que constituyen la *conmoción*. Pero hay otra razón, la más poderosa de todas, que no permite á ningún médico decir que Mauricio Roux ha sufrido una *conmoción*, y es que desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, que fué cuando se le encontró, nadie lo vió!...

Así, cuando el señor Presidente hacia al doctor señor Tardieu esta objeción: No habeis visto al enfermo, el señor Surdum lo ha visto y puede saber de eso más que V....., el señor Tardieu respondía con razón; el señor Surdum no vió al enfermo sino á las ocho de la noche, y á esa hora ya no tenia *conmoción*, porque habia recobrado los sentidos.

Tomemos, por lo demás, las declaraciones de Mauricio Roux, cualquiera de ellas, ya ante el señor Juez de instrucción, ya ante el Tribunal de *Assises*. En todas varía; pero hay en todas un punto invariable, á saber, que tuvo percepciones. Sí, echado por tierra, sintió que le ataban las manos, evidentemente conservó la sensibilidad; si oyó ruido en el sótano, ya no sufría la *conmoción*, habia recobrado el uso de sus sentidos. Sí, aún, como os ha dicho en esta audiencia, oyó que se barria, ya no sufría la *conmoción*, puesto que tenia la percepción de las cosas. Cuando se sufre una *conmoción*, no se percibe nada, se está anonadado; la *conmoción* es como la muerte; en esta muerte de la *conmoción* no se sabe, no se vé, no se siente nada.

Luego no probais la *conmoción*. Los más hábiles médicos os dicen que no se han observado los caracteres de la *conmoción*. Hay principalmente uno de estos caracteres que es capital, y es la pérdida de la memoria. Mauricio Roux conservó la memoria, se acuerda del golpe, del golpe que dice que le causó la *conmoción*. Luego no la sufrió.

No podría decirse sobre este particular nada más concluyente, y de ello tenemos numerosos ejemplos. Se dá un golpe á un hombre, sobreviene después del golpe la *conmoción*, no conserva el recuerdo del gol-

pe, como sino se lo hubieran dado. Esto es pura fisiología. El señor citaba un ejemplo, referente á la esposa del respetable rector de la Academia de Montpellier. Viajando en ferrocarril, fué víctima de un horrible accidente, no conservó ningun recuerdo del choque que experimentó, no vió nada, y nunca podrá recordar nada.

Un hecho casi igual es de notoriedad en Marsella, y por eso voy á citarlo: uno de los hombres mas respetables de dicha ciudad, M. F., y se comprenderá por que me limito á declarar las iniciales, se paseaba con su esposa por el Prado; fué asaltado, apaleado por malhechores; experimentó una conmocion, y no recuerda el golpe que le dieron, ni sabe nada.

Tal es la conmocion.

Así, pues, señores, no nos perdamos en dificiles cuestiones científicas. Dejemos al señor Dumas hojear los archivos de la Academia de Montpellier. El señor Tardieu, con su seductora palabra, se ha mostrado mucho mas sencillo que sus colegas en sus conclusiones, y yo digo sencillamente con el que este hombre no sufrió una conmocion: sintió, comprendió, vió con los ojos de la inteligencia, se acuerda de la conmocion, luego hay que prescindir de la conmocion.

Sobre este punto, señores, tengo á mi favor los cuatro ó cinco principales médicos legistas de Francia, que representan las Facultades de Lyon, de Strasbourg y de Paris. El señor René representará, si quereis, la cuarta Facultad, porque no hay mas que cuatro Facultades en Francia; verdad es que el señor René no dice gran cosa, y que deseaba no decir nada.

No hay, pues, conmocion.

Veamos la estrangulacion.

El señor Armand, segun la acusacion, quiso matar á su criado, por la mañana, durante el dia, ó por la noche, como gustéis, y quiso hacer creer que el criado se habia suicidado.

Mas para matar á las gentes estrangulándolas es menester apretar la cuerda, y yo siempre he visto que el mejor medio de apretarla era hacer un nudo. No falta aquí mas que el medio de llegar al crimen premeditado, ¡el nudo!... Una sola vuelta de la cuerda bastaba con un buen nudo; el señor Armand dará

cuatro vueltas; pero sin nudo... Pues bien, ¡las cuatro vueltas dadas á la cuerda no bastarán!...

He tenido la desgracia de intervenir á menudo, como abogado, en causas criminales. No es que me queje hoy; es una felicidad defender á un hombre como este, á un hombre á quien quiero y á quien doy la mano tres veces al dia, cosa que no acostumbro con los criminales; pero el señor Armand es un hombre á quien estimo, un buen hombre, y, lo he dicho, vale mas que yo.

Quereis que haya cometido un crimen, sea; pero lo cometerá como se cometen. ¿Por qué, pues, no hizo un nudo? Porque, decís, Dios vela; porque la Providencia no permite á los acusados tomar todas las medidas necesarias para disimular sus crímenes; si fueran tan hábiles, la justicia no les alcanzaria nunca...

Este es un bellissimo motivo para una acusacion... ¿Pero puede ser aceptado por un hombre sensato? Sí, hay cosas que olvidan los criminales; pero hay otras que no las olvidan nunca; y cuando se quiere estrangular á un hombre y se tiene tiempo para ello, nadie se entretiene en ponerle brazaletes alrededor del cuello; cuando se tiene tiempo para dar seis vueltas á la cuerda, se tiene para darle una *con un nudo*... ¡El señor Armand no le echó un nudo...

¿A lo menos la cuerda estaba apretada, bien apretada? No, porque no dejó otra señal que verdugones, es decir que ni siquiera arañó la piel. Hubo una especie de rozamiento, señales encarnadas. Apenas quedó interesada la epidermis, los músculos interiores están completamente intactos, la cuerda no penetraba, no estaba apretada. Solo se le dieron en forma de espiral, segun el señor Dupré ha dicho, cinco ó seis vueltas, y despues de dadas aún quedaban 75 ú 80 centímetros de cuerda, no sé si exactamente, pero mucha mas que la necesaria para hacer un nudo. ¡Se dejó la cuerda colgando! ¿Qué resultó? Que Mauricio Roux no estaba en manera ninguna estrangulado y que no podia estarlo. Únicamente aquella lijera presion, por la sola circunstancia de haber durado mucho tiempo, determinó accidentes.

¿No trataba de fingir la asfixia? No, porque cuando se le levantó del suelo se acercaba el quinto acto de la tragedia y estaba muy próximo el desenlace.

Pero fué que el autor poco hábil no habia concebido bien su papel; habia comenzado demasiado pronto, ó bien María Hauterive se presentó demasiado tarde.

Ni nudo, ni constriccion violenta, ninguna de esas vigorosas señales que revelan una voluntad enérgica, y, sin embargo, se necesitaba esa voluntad... Porque, en fin, cuando se comete un crimen como ese, es porque se está animado por la pasion, y se aprieta con terrible brutalidad... No, la mano del asesino era suave, apretaba justamente lo bastante para causar un poco de daño. Deduzco de aquí que el asesino que obraba de este modo era él mismo que se hacia á sí ese pequeño daño.

¿Cómo atreverse á decir en presencia de estos hechos que hubo allí una estrangulacion homicida?

¿Y en qué momento habria tenido lugar? Si á las ocho de la mañana, se habria encontrado completamente frio el cadáver cuando á las siete de la noche se le hubiera encontrado. Así, pues, la misma acusacion retrocede y ya no estamos en desacuerdo mas que en algunas horas.

¿Y por qué esto? ¿Quién, pues, da al ministerio público el derecho de sacar de su centro la acusacion? ¿Dónde halla ese poder? ¿En los hechos? Si los mismos médicos llamados por la acusacion prueban que su primera fórmula era absurda, creo que mucho menos puede sostenerse la segunda. Es evidente que este hombre se *agarrotó* (permitidme esta palabra vulgar; pero que traduce bien mi pensamiento), de ese modo una hora ó media antes de llegar María Hauterive. Sabia que habian de ir á buscarle y fueron demasiado tarde ó él comenzó demasiado pronto. Pero si la estrangulacion hubiera sido homicida, si hubiese sido real, no lo dudeis, ese hombre habria muerto mucho antes que hubieran acudido á socorrerlo. Esto en cuanto á la estrangulacion.

Hablemos de la *atadura* de las manos.

El señor primer Presidente, á quien á menudo tributaremos elogios en este proceso (porque su benevolencia es igual á su justicia, y entre la acusacion y la defensa mantiene en el fiel la balanza como tenemos la satisfaccion de ver), el señor primer Presidente permitió que se procediese en esta misma audiencia á hacer experimentos que á primera vista pueden parecer poco dignos de la justicia; pero en el áni-

TOMO II.

mo del eminente magistrado, esta tolerancia se explica y se engrandece por la verdad. Permitió, pues, que se hicieran experimentos, y estos han sido convincentes.

¿En qué estado se encontraron las manos de Mauricio Roux? Hay dos versiones, la de los señores Servent y Surdum y la del comisario de policia. ¡El comisario de policia! preferiria no hablar de él, lo confieso; se engaña de buena fé; pero afirma resueltamente. Menester es que la luz sea dos veces la luz para que yo me atreva á decir que su afirmacion es un error; pero, gracias á Dios, estamos aquí.

Se encontró á Mauricio Roux con las manos atadas á la espalda. ¿Estaban atadas las manos juntas, ó bien tenia una diez vueltas dadas con la cuerda y solamente tres la otra?

¿Quién declara que las manos estaban atadas de esta última manera, separadamente?

Primeramente Servent que cortó los lazos; ¡nadie en el mundo lo sabe mejor que él!...

Despues el doctor señor Surdum. (*Signos negativos del señor procurador general.*) Dispenseme el señor procurador general, este médico declara que las manos habian sido atadas, con las muñecas á corta distancia, y que habia mas vueltas en una que en otra, seis en aquella y tres en esta.

En seguida el señor Basc á quien ayer oisteis.

Por último, si no me engaño, el mismo Reynal se vió obligado á reconocer que las manos estaban así atadas.

El señor comisario de policia, por el contrario, pretende que las manos estaban juntas, y por consiguiente que el número de vueltas de la mano derecha se repetia sobre la izquierda... Este es un error; solo él lo declara así, y además la materialidad de las piezas de conviccion no permiten suponerlo.

Esto por lo que concierne á la *atadura* de manos, que evidentemente habrian sido atadas de muy distinta manera por un asesino que no fueran ellas mismas, ó sea la pretendida víctima.

Lo repito, ¿quién pudo hacerse mas bien cargo que el que cortó la cuerda, que Servent? Se le hace una objeccion que para mi no tiene fuerza, se le dice: Antes de cortar las vueltas de cada mano deberiais haber cortado la cuerda que unia las dos... ¿Por